

Martín de Ugalde: la reflexión de escribir

Jose Luis Merino

Deia, 1982-12-27.

Martín de Ugalde nació en Andoain (Guipúzcoa) en 1921. Escritor de amplia gama. Ha escrito novela, relatos, ensayos, historia. Obras cuyos títulos principales tenemos a "Iltzalleak", "Las brujas de Sorjin", "Itxaso Urbazter luzea da", "Las manos grandes de la niebla" (Premio Sésamo), "Síntesis de la historia del País Vasco", "Unamuno y el vascuence", "El problema vasco", "Historia de Euskadi" (5 grandes tomos), entre otros títulos. Miembro de Euskaltzaindia. Master of Science por la Northwestern de Evanston (Chicago).

Martín de Ugalde es, además de escritor, una persona que deja un enorme recuerdo. Desde la primera vez que le conocí, en el exilio de Euskadi Norte, siempre he estado a gusto en su compañía, porque me ha hecho sentirme cómodo, he palpado su sencillez, su estar natural, y en todo momento sus ansias de concordia; con deseos de ofrecer a su pueblo, a través del contacto personal, lo mejor de sí. En estos tiempos de intransigencia, donde al parecer los demás son siempre los otros, la persona de Martín de Ugalde se mantiene en un estado de amor sereno hacia todos los vascos. La escritora norteamericana Flannery O'Connor escribió un relato breve cuyo título ilustra y dibuja al entrevistado de hoy. "un hombre bueno es difícil de encontrar".

– PREGUNTA: ¿Cuántos años viviste fuera de Euzkadi?

– RESPUESTA: 31 años, más de la mitad de mi vida, y en cuatro etapas, la más larga la de Venezuela: 23 años.

– P.: Pero, hablemos de tu época en Venezuela. Los cuentos que he leído tuyos de esa época los veo muy integrados en lo social y en lo racial con el pueblo venezolano. ¿Había en ti una voluntad expresa por identificarte con los problemas de aquella realidad?

– R.: Sí, me interesó el País y sus gentes, trabajé por comprenderlos, por compartir sus problemas. Con la experiencia exterior, uno descubre lo que es común al ser humano, aunque con otro acento de voz, a veces con otro color de piel, que valora las cosas de manera diferente que tú, diferencias de cultura, pero comparte contigo los valores esenciales, como son el sentido de la amistad, la generosidad, el afecto, el respeto a lo diverso que eres también tú para ellos.

Es un desafío sobre todo para el que llega, porque es el que tiene que integrarse al medio, y no al revés. Descubrí pronto que el camino era el mismo que en todas partes: la cortesía, la franqueza, la buena fe y el espíritu de trabajo y de entrega al País que te ha recibido.

En mi caso, Venezuela fue el lugar de encuentro de los cuatro que continuamos la familia: los padres y dos hermanos, que dispersados por la guerra, nos volvíamos a reunir por primera vez en diez años.

Dime si no es un punto de partida emocionante, y que queda grabado para siempre.

Así, nos repartimos la suerte los dos hermanos: él sigue viviendo en Venezuela ya con hijos y nietos venezolanos que están orgullosos de serlo y sin nada que compartir en la tierra de sus abuelos y de sus padres, y yo con los míos nacidos en Venezuela con la ilusión de trabajar también por esta Euzkadi de las raíces profundas.

El exilio

– P.: Cuando escribiste tu libro "Hablando con los vascos", ¿había en tí una gran necesidad por darlos a conocer al mundo, que es como decir al mundo esa necesidad tuya?

– R.: Es cierto, había al escribir el libro esa necesidad de dar a conocer, y por el camino de aprender yo mismo, recién llegado, esas lecciones que constituían las vidas de estos seis hombres de mi pueblo; porque sentí pronto que mis carencias eran las mismas que las que padecían otros vascos que a pesar de vivir en su tierra lo estaban haciendo a través del drama de un exilio interior.

La larga y cruel dictadura franquista hizo de nuestro pueblo, muy particularmente con él, es fácil demostrarlo, un mundo vasco exilado en su propia tierra.

A través de cada uno de estos hombres, que profesionalmente no eran censurables, pude dar una buena parte de la prehistoria, de la historia de la lengua vasca, de la música, de la organización religiosa, de la lección de exilio voluntario que daba un prestigioso armador vasco y los puntos de vista vascos de un pintor políticamente militante. A pesar de todo la censura mordió en frases y se comió páginas enteras; lo que consiguió salvar, el editor, Ariel, de todo aquel libro nos hizo bien a todos.

Lo grueso del adjetivo

– P.: Al leer tus escritos no puedo sustraerme a lo que tú como persona me evocas. Tus escritos se llenan de palabras que llevan el marchamo de la honestidad, conceptos limpios, ideas que aspiran a la justicia social y al diálogo sereno. ¿Lo mismo les pasará a los lectores que no te conocen personalmente? O mejor dicho: ¿tu meta principal consiste en verte reflejado como eres?

– R.: Todo eso que dices refleja bondad tuya. No sé qué idea se harán de mi persona los lectores, supongo que muy diversa, según la manera de percibir que tenga cada quién. Sí es cierto que pretendo en mis trabajos una cierta transparencia ideal, difícil de conseguir. Te he solido decir a ti que yo soy más fielmente *lo que escribo* que *lo que hablo*; cuando converso no mido lo grueso del adjetivo que me sale, y cuando escribo, sí; por esto, no creo que la espontaneidad dé una imagen más cabal de una persona que lo que es fruto de su reflexión. Yo respondo de todo lo que escribo, no de todo lo que se me

puede escapar cuando hablo. Es la escritura la que constituye para mí el medio de reflexión para poner mis ideas en claro.

Esas grandes mesas para conversar

– P.: ¿Estarías conmigo de acuerdo en dotar a las ciudades y pueblos de Euzkadi unas grandes mesas para conversar entre todos los vascos? ¿Darías un menú en el que habría carnes de diálogos abiertos, pescados sin demagogia, fruta de concordia y vinos de suma tolerancia?

– R.: Eso que dice tu brillante imaginación está de acuerdo con lo que pienso de la tolerancia como virtud máxima para saber aceptarnos diferentes, a veces discrepantes, como somos tan a menudo los vascos.

No sólo como virtud ética, sino por eficacia social y política. Esas mesas grandes me gustan, hasta para trabajar solo; más si son para sentar a la gente a conversar sin gritos, tratando de escuchar a los demás en lugar de dedicar a ignorarlos para tener tiempo a pensar en lo que les vamos a decir, dispuesto a sacar esos genitales que son la semilla de la guerra.

8. Ya que hablamos de hablar te diré que a los políticos mejor los veo sin hablar; prefiero que sus discursos nos los den escritos. Las dictaduras son reacias a dejarlo escrito. Prefieren proclamarlo a los cuatro vientos. Y ya se sabe que las palabras al viento son como el vuelo de las aves, que no dejan rastro alguno. ¿Qué nos dices?

– Sí, si los discursos de los políticos tuviesen que escribirlos al mismo tiempo que de la vida, primero, el aire de la convivencia estaría menos polucionado, los espíritus de los que les siguen más sosegados y las soluciones políticas más próximas. Hay muchos que fían en la elocuencia del gesto, del latiguillo y de las rotundidades que tanto halagan los oídos de sus seguidores incluso sabiendo que los oradores los han preparado con cuidado para conseguir este efecto.

– P.: ¿No crees que el mayor enemigo de los demagogos es la palabra escrita? ¿Y es así porque a través de la palabra escrita uno puede analizar lo dicho?

– R.: No creas, hay también demagogia escrita; alguna lo está en las paredes, y tampoco falta en la prensa; pero la libertad tiene sus mecanismos de defensa: el ciudadano que tiene dónde elegir distingue la palabra hinchada de sectarismo, de las que dicen verdades sencillas sobre todo, como dices tú, cuando las ve escritas. Sin el latiguillo de la voz, tranquila en su blanco y negro, dando tiempo a que se lea y se vuelva a leer, este es un ejercicio saludable para la democracia.

Primer impulso, escribir

– P.: Volvemos a ti. ¿Cómo gestas una obra escrita? ¿Antes de escribirla tienes como una bola en el estómago que necesita salir al exterior?

– R.: Yo siento sobre todo, la necesidad de reflexionar sobre un tema. El primer impulso es el de escribir, y, blanco sobre negro, voy a veces muy lentamente, otras

menos, pero siempre despacio, la madeja en que están mezclados sentimientos y alguna pizca de razón, y a medida que se va agrietando la indignación, o la sorpresa, o el amor a alguien o a algo, voy haciendo un camino, más o menos conforme al ideal, de lo que a veces, es un artículo, otras un ensayo largo, y a veces un cuento o una novela más elaborada. Estos impulsos del amor, la sorpresa o la indignación se van amontonando, porque no tengo tiempo de trabajarlo todo. Acaso es mejor así, porque se me van disolviendo muchos que no valían la pena, pienso yo para mi descanso; y lo que consigo trabajar me va liberando de verdaderos pesos.

– P.: ¿Serías capaz de escribir algo contra alguien que admiras, si en el decurso de tus investigaciones históricas sobre Euzkadi encuentras uno o más errores de ese alguien que admires? ¿La verdad debe anteponerse a todo? ¿Es cierto que la verdad es la sangre viva del auténtico amor?

– R.: Soy de los que creo que en conciencia no estamos obligados a soltar todas las "verdades" que percibimos en público, sobre todo "a la cara". Asimismo, porque esa verdad puede no serla de hecho; puede tener un sinfín de atenuantes, aun sin recurrir a la caridad, que a vista de valorar, sobre escribirla, dejando blanco sobre negro para siempre, constituye un riesgo de error que puede ser irreparable. Esto en un trabajo de historia adquiere una dimensión mayor, claro. Ahora bien, en este caso de la *verdad histórica*, si es transcendental hay que decirla; si sólo afecta a la fama de la persona afectada, no hay por qué. La verdad, me refiero a la comprobada, puede ser, como dices, "sangre viva del amor", pero también del desprecio y odio.

– P.: Un escritor puede saber verdades como caballos, pero si no las sabe decir, ¿de qué le sirven?

– R.: Sí, si no se tiene el valor de decir algunas verdades a su tiempo, que es como te entiendo la pregunta, se está faltando a un deber moral que importa de veras.

– P.: ¿En ocasiones las palabras bellas por la simple belleza pueden ser como la crema batida que no expresa nada y lo disimula todo?

– R.: Las palabras bonitas sin contenido son como un adorno de la nada.

La libertad

– P.: ¿La inmediatez de la urgencia política interfiere en los deseos de libertad e independencia del escritor? ¿Es mejor ir desde la libertad e independencia a lo político, que al revés?

– R.: Sí me parece que la política puede afectar, según los casos la independencia del que escribe. Pactar desde la libertad completa es lo mejor, claro, pero esa libertad absoluta no existe. hay que actuar dentro de esta complejidad salvando lo que se pueda. Más, no se puede.

Crear en Euskara

– P.: Tú escribes en erdera y en euskara. ¿Cuándo utilizas uno y cuándo el otro? ¿Con erdera se gana más dinero; y con el euskara gana más el corazón?

– R.: Me fue negada la formación cultural y profesional en euskara, y me siento amputado, ciertamente, trato de completarme en condiciones difíciles y siempre dolorosas, porque ahí está, en verdad, mi corazón.

– P.: Cuando se escribe temas de historia o un pasaje de tipo ensayístico la cabeza debe estar alerta, con lupa en el cerebro. Cuando lo que se escribe es creación, es decir vuelo hacia lo desconocido, el cuerpo está en estado latente, vigilando cada sensación. ¿Cómo lo ves tú? ¿cómo lo sientes?

– R.: Yo respiro en el trabajo de creación; lo demás es pura cabeza, oficio, lo que quieras, pero es un trabajo que no me da respiro.